

Francisco y las vocaciones jesuitas

BORJA VIVANCO DÍAZ

DOCTOR POR LAS UNIVERSIDADES DE DEUSTO Y DEL PAÍS VASCO

La elección de Karol Wojtyła como papa, en 1978, condujo enseguida a un incremento sustancial del número de jóvenes que ingresaron en los noviciados y seminarios de toda Polonia. La fuerte personalidad de Juan Pablo II, su compromiso con la lucha contra la dictadura comunista y su cercanía y preferencia por los jóvenes contribuyeron notablemente, a lo largo de la década de los 80, a una etapa de 'fertilidad vocacional' en Polonia y que, por supuesto, fue excepcional en toda Europa. En este sentido, el nuevo período que la Iglesia católica ha iniciado, hace casi año y medio, bajo el extraordinario liderazgo del papa Francisco, induce también a preguntarnos si se está traduciendo, al mismo tiempo, en un incremento de jóvenes que, identificados de modo particular con su carisma y mensaje o por el estilo de Iglesia que representa, deseen continuar sus pasos a través del ministerio sacerdotal o la vida religiosa.

¿El papa Bergoglio está influyendo, por lo tanto, en un 'renacimiento' vocacional en seminarios e institutos religiosos y en concreto en su principal referencial eclesial, es decir, en la Compañía de Jesús? No parece que, de momento, esto esté ocurriendo al menos en la orden de Ignacio de Loyola, tanto en Argentina como en otros países. No obstante, el proceso de descubrimiento vocacional, a fin de que logre cosechar frutos, tiende a requerir que se prolongue varios años. Y lo cierto es que quienes ahora ingresan en la Compañía de Jesús, por lo menos en España, lo hacen una vez han iniciado o finalizado sus estudios universitarios, o incluso tiempo después, a pesar de que por ejemplo yo fui alumno en la Universidad de Deusto de un profesor que lo hizo, hace más de cinco decenios, con tan solo diecisiete años. Pero tiende a existir acuerdo, en la actualidad, en que nuestro mundo secularizado y pluricultural exige un grado de madurez personal e intelectual a los novicios y seminaristas que no era tan reclamado hace tres o cuatro décadas.

De hecho, el propio discernimiento vocacional de Ignacio de Loyola ha sido uno de los más largos que se han conocido en la historia de la Iglesia católica. Desde que en 1522 abandonó su hogar y familia en Loyola, hasta que junto a otros seis estudiantes de la Universidad de París profesó sus votos en Montmartre, transcurrieron doce años y tres más hasta que fue ordenado sacerdote. Además Ignacio de Loyola, con el paso del tiempo, fue más exigente a la hora de admitir nuevos novicios en la orden, a quienes también recibía personalmente siempre que tenía oportunidad. Y, en 1542, llegó a escribir que esperaba que solo uno de cada

tres perseverara en la Compañía de Jesús.

Para conocer adecuadamente al papa Francisco es necesario acercarse a su biografía. Y, de momento, no tenemos a nuestro alcance ningún texto suficientemente amplio y riguroso que nos ayude a profundizar en todas las etapas de su vida, tampoco en su discernimiento vocacional. Él apenas tuvo relación con la Compañía de Jesús hasta que ingresó en ella, atraído en primer lugar por su espíritu misionero, pues su deseo —y que fue finalmente frustrado por la enfermedad en el pulmón que padeció— era ser enviado a Japón. Vivió en primera persona, a veces de modo dramático, las divisiones y tensiones que la Compañía de Jesús atravesó entre los años 70 y 80. Y, cuando para sorpresa de todos, fue elegido obispo auxiliar de Buenos Aires, ubicó el emblema de la Compañía de Jesús en el centro de su escudo episcopal y que todavía conserva como Papa.

Hasta la década de los 70, en los colegios vascos de la Compañía de Jesús abundaban jóvenes jesuitas veinteañeros (los 'maestrillos') que dinamizaban la vida escolar y mantenían una relación estrecha y de confianza con los adolescentes. Además, su estilo de vida despertaba a menudo la vocación religiosa de muchos alumnos. En cambio, hoy apenas quedan jesuitas en nuestros colegios. Ahora bien, y aunque en otra escala, el 'liderazgo ignaciano' que representa el jesuita Bergoglio es un testimonio universal que, con diferente alcance, tiene que estar necesariamente interpelando a jóvenes con valores e inquietudes cristianas, moviéndoles a adoptar compromisos radicales.

La disminución tan rápida del número de jesuitas no ha sido óbice, así y todo, para que la Compañía de Jesús continuase incrementado sus obras de apostolados, incluidos colegios y universidades. Porque la conservación de las singularidades de cualquier institución jesuita no va a depender nunca del número de miembros de la Compañía de Jesús que trabajen en ella, sino de su capacidad para acopiar personas —jesuitas o laicos— formados e involucrados en su identidad y misión.

La mayor parte de las vocaciones jesuitas provienen ya del continente asiático. Salvo en Filipinas o Timor Oriental, brotan en regiones en donde el cristianismo es una minoría religiosa, a veces perseguida. Por consiguiente la cultura religiosa de estos jesuitas, bastante diferente a la que conocemos en Occidente, condicionará también con más claridad el devenir de la Compañía de Jesús a nivel universal.

El próximo 7 de agosto se cumplen los doscientos años de la restauración de la Compañía de Jesús, que había sido disuelta en 1776 por el papa Clemente XIV. Hacía casi cuarenta años que no había ingresado ningún novicio en la orden. Pero aquella Compañía de Jesús tan envejecida como la que conocemos ahora, en la encrucijada histórica del debilitamiento de la influencia social de la Iglesia Católica, de las revoluciones liberales o de la resistencia del absolutismo, sí fue capaz de aumentar rápidamente sus vocaciones y, sobre todo, de legarnos lo mejor de su espiritualidad, de su carisma y tradición. Esta es la mejor lección de la cual debemos tomar nota ahora.

ANTÓN

